

Isaac Asimov

Constantinopla  
El Imperio olvidado  
Historia Universal Asimov



**Alianza** editorial

El libro de bolsillo

Título original: *Constantinople - The Forgotten Empire*  
Traductores: Javier Alfaya y Barbara McShean

Primera edición: 1982

Tercera edición, con traducción revisada: 2011

Octava reimpresión: 2023

Diseño de colección: Estrada Design

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Ilustración de cubierta: *Mosaico de los Magos* (detalle), San Apollinare

Nuovo, Rávena, siglo VI

© The Art Archive / San Apollinare Nuovo Ravenna / Collection Dagli Orti

Selección de imagen: Alicia Fuentes

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Copyright © Asimov Holdings LLC. World rights reserved and controlled by Asimov Holdings LLC.

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1982, 2023

Calle Valentín Beato, 21

28037 Madrid

[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)



PAPEL DE FIBRA  
CERTIFICADA

ISBN: 978-84-206-5082-1 (O. C.)

ISBN: 978-84-206-5281-8 (T. 7)

Depósito legal: M-17.643-2011

Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: [alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

# Índice

9	1. La ciudad en el estrecho
36	2. La capital de Oriente
71	3. El Oriente se desplaza hacia Occidente
114	4. La doble catástrofe
144	5. La defensa de Europa
172	6. Monjes y emperadores
209	7. Emperadores y generales
243	8. El imperio en su apogeo
274	9. Occidente llega a Oriente
315	10. El fantasma del imperio
345	Cronología
361	Nota genealógica
363	Cuadro genealógico
371	Índice onomástico



# 1. La ciudad en el estrecho

## El imperio olvidado

Cuando pensamos en la Edad Media, solemos pensar en la caída del Imperio Romano y en la victoria de los bárbaros. Pensamos en la decadencia del saber, en el advenimiento del feudalismo y en luchas mezquinas. Sin embargo, las cosas no fueron realmente así, puesto que el Imperio Romano, en realidad, no cayó. Se mantuvo durante la Edad Media. Ni Europa ni América serían como son en la actualidad si el Imperio Romano no hubiera continuado existiendo mil años después de su supuesta caída.

Cuando decimos que el Imperio Romano cayó, lo que queremos decir es que las tribus alemanas invadieron sus provincias occidentales y acabaron con su gobierno. No obstante, la mitad oriental del Imperio Romano permaneció intacta, y durante siglos ocupó el extremo sureste de Europa y las tierras contiguas de Asia.

Esta porción del Imperio Romano continuó siendo rica y poderosa durante los siglos en que la Europa occidental estaba debilitada y dividida; se mantuvo la cultura en un tiempo en que Europa occidental vivía en la ignorancia y la barbarie. El Imperio, gracias a su poderío, contuvo a las fuerzas cada vez mayores de los invasores orientales durante mil años; y la Europa occidental, protegida por esta barrera de fuerza militar, pudo desarrollarse en paz hasta que su cultura formó una civilización específicamente suya.

Además, transmitió a Occidente tanto el derecho romano como la sabiduría griega. Le legó arte, arquitectura y costumbres; dio a Occidente grandes abstracciones—como la noción de monarquía absoluta— y pequeños útiles, como los tenedores. Es más, legó todo esto, y también la religión, a Europa oriental, y en particular a Rusia.

Pero, finalmente, Europa occidental se fortaleció y fue capaz de defenderse por sí misma, en tanto que el Imperio se iba agotando. ¿Y de qué manera agradeció Europa occidental lo que había recibido? Con una actitud de desprecio y de odio. Hizo todo el daño que pudo al desamparado residuo del antiguo gran Imperio, y cuando llegaron las últimas ansias de la muerte, se negó fríamente a proporcionarle cualquier clase de socorro. La ingratitud ha continuado aún después de la muerte, porque la historia de este Imperio es prácticamente ignorada en nuestras escuelas, y cuando se habla de algunos retazos de ella, se hace sin simpatía.

Hay pocos occidentales que sepan que en los siglos en que Londres y París eran unos villorrios desvencijados, con calles de barro y chozas de madera, había una ciudad

reina en Oriente, rica en oro, llena de obras de arte, rebo-sante de espléndidas iglesias, con un comercio bullicioso, maravilla y admiración de todos cuantos la conocían.

Esta ciudad, la capital del Imperio Romano en la Edad Media, era Constantinopla, y su historia se remonta a un millar de años antes de que alcanzara su apogeo.

## Frente a la ciudad de los ciegos

En el siglo VII a. C., las ciudades griegas estaban super-pobladas. La comida escaseaba y los precios eran eleva-dos. Los griegos que tenían algún espíritu de aventura se embarcaban, acompañados por sus familias y con las po-sesiones que pudieran acarrear, y partían en busca de nuevos hogares. A lo largo de las costas del ancho Medi-terráneo habría lugares donde fundar una nueva ciudad, además de tierra para cultivar y producir alimentos.

Algunos navíos se desviaron hacia el noreste. En esa dirección, el mar Egeo, que baña las costas orientales de Grecia, se angostaba en un estrecho de forma serpentina llamado Helesponto (ahora se le conoce como estrecho de los Dardanelos) que separaba Europa de Asia Menor. Se ensanchaba de nuevo en un pequeño mar, llamado entonces Propontis y ahora mar de Mármara, que daba paso a un segundo y más corto estrecho, el Bósforo, más allá del cual se encontraba el Ponto, porción de agua que ahora llamamos mar Negro.

El mar Negro era como un imán para los ansiosos co-lonizadores porque sus tierras costeras eran ricas en ce-reales. Las anchas llanuras que se extendían hacia el nor-

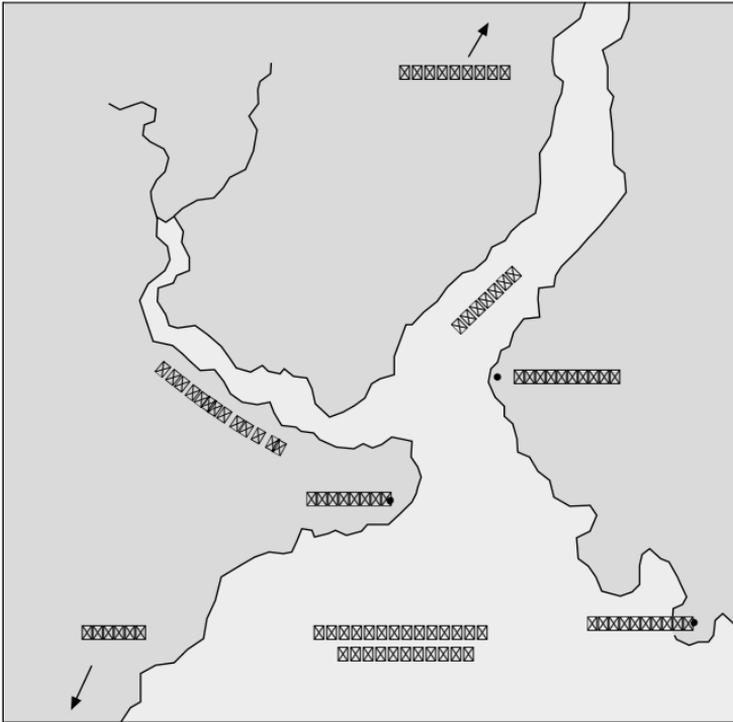
te (llamadas Escitia en la Antigüedad y hoy Ucrania) tenían terrenos lisos y fértiles, totalmente distintos del rocoso y montañoso suelo de Grecia. Aquellas llanuras eran una fuente sin fin de alimentos.

Las leyendas griegas narraban los primeros intentos de establecer rutas comerciales en aquella dirección. En el relato de Jasón y los Argonautas que buscaban el Vello de Oro, se describía a éste como el vellón de un cordero milagrosamente convertido en oro que Jasón había encontrado finalmente en Cólquide, un territorio del borde oriental del mar Negro. Cabe suponer que el relato es una versión legendaria de una primitiva expedición comercial.

La antigua ciudad de Troya estaba situada en Asia Menor, a la entrada del Helesponto. Los comerciantes que viajaban hacia y desde el mar Negro tenían que pagar un portazgo a Troya para poder pasar por la ciudad, que se enriqueció de ese modo. El famoso sitio de Troya fue probablemente un intento por parte de los griegos de acabar con aquel obstáculo y ampliar sus rutas comerciales. Pero después de la caída de Troya, en el 1200 a. C., Grecia pasó por una «Edad Oscura». Fue asolada por tribus bárbaras procedentes del norte y tardó varios siglos en recuperarse.

Ya en el siglo VII a. C., Grecia se había recuperado casi totalmente y los barcos griegos empezaron a tantear el otro lado del mar, estableciendo colonias allí. Al igual que en los tiempos de Jasón, seis siglos antes, las naves iban penetrando en la zona costera del mar Negro, rica en cereales. Esta vez intentaban algo más que comerciar, porque salpicaron las orillas del mar con nuevas ciudades griegas.

## 1. La ciudad en el estrecho



Bizancio.

En el 657 a. C., un barco navegaba hacia el noreste a través del Egeo, mandado por un jefe llamado Bizas. Su ciudad de origen era Megara, ubicada en el istmo que une el norte de Grecia con la península meridional llamada Peloponeso. Megara nunca fue una de las ciudades griegas de verdadera importancia porque Atenas, que estaba a unos 25 kilómetros al este, y Corinto, a unos 40 al oeste, eclipsaron su posible poderío. De hecho, el acontecimiento más significativo de toda su historia fue, probablemente, la expedición de esta nave.

Los colonizadores habían consultado al oráculo de Delfos antes de levar anclas. El oráculo era el más sagrado de los santuarios de Grecia, y las palabras de su sacerdotisa eran consideradas visiones del futuro inspiradas por la divinidad. «Encontraréis un nuevo hogar –les dijo– frente a la ciudad de los ciegos.» Como siempre, las palabras del oráculo eran poco claras. No había ninguna ciudad habitada por gente ciega.

El barco atravesó el Helesponto, cruzó el Propontis y se aproximó al Bósforo, el cual tenía 33 kilómetros de longitud y era bastante estrecho; en algunos lugares, su anchura era de menos de un kilómetro. Una ciudad fundada a orillas del Bósforo podría dominar el comercio entre el mar Egeo y el mar Negro, tal como había hecho Troya en la Antigüedad. Una ciudad así tendría la oportunidad de ser próspera y rica.

Pero otros ya habían tenido esta idea anteriormente. En el 675 a. C., hacía 18 años, un grupo de colonizadores de Megara había fundado una ciudad en la orilla del Bósforo perteneciente a Asia Menor, precisamente donde se abría hacia el sur. La ciudad era Calcedonia. El barco de Bizas se detuvo en Calcedonia, y los hombres que iban a bordo debieron de sentirse un tanto disgustados. Calcedonia era una pequeña y próspera ciudad; era una lástima que otros se les hubieran adelantado.

Siguieron su camino, y a unos 4 kilómetros al noroeste de Calcedonia, al otro lado del Bósforo, descubrieron un sitio ideal. Calcedonia había sido edificada en una línea costera bastante recta y con algunas posibilidades de construir un puerto. Pero al otro lado había un río que se ensanchaba y desembocaba en el Bósforo. Aquel río

(más tarde llamado el «Cuerno de Oro») proporcionaba un amplio, largo y hermoso puerto. Tenía espacio para muchas naves y era fácil de defender: no podía haber nada mejor.

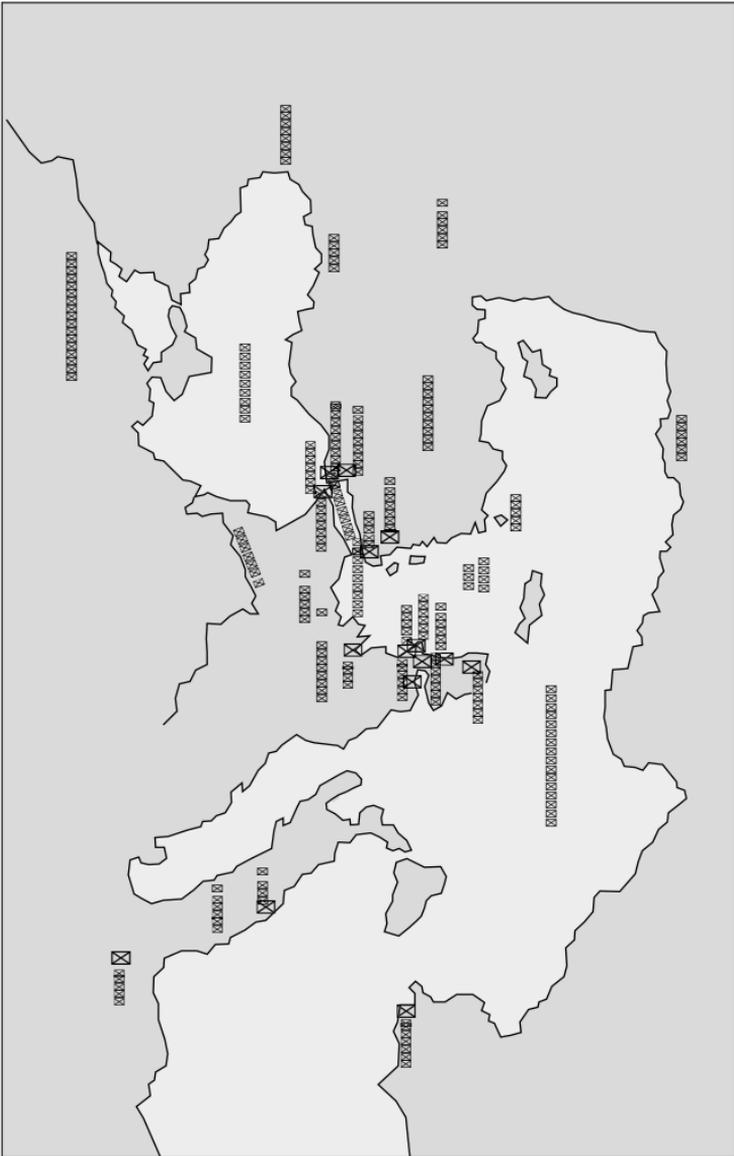
Entre el río y la porción principal del mar había una lengua de tierra perfecta para edificar allí una ciudad. Estaba rodeada de agua por tres lados, así que con una fuerte muralla en el cuarto lado y una buena armada podía llegar a ser inconquistable. ¿Cómo era posible, pensaban, que a los primeros colonizadores les hubiera pasado inadvertido ese lugar tan hermoso de la parte europea, en favor del muy inferior en que habían establecido Calcedonia? Seguramente, las gentes de Calcedonia estaban ciegas al elegir un lugar tan pobre.

Y eso fue lo que ocurrió. Calcedonia era la ciudad de los ciegos a la que se había referido el oráculo de Delfos. Y por lo tanto, Bizas fundó su ciudad frente a ella, tal como había ordenado el oráculo, y la denominó *Bizantion*, un nombre derivado del suyo propio. Hoy la conocemos más por el nombre latino que, con el tiempo, le dieron los romanos: Bizancio\*.

Durante un siglo y medio, Bizancio prosperó como ciudad libre: una estación de tránsito para un sinnúmero de navíos y marineros, y un emporio de cereales y otros productos que se transportaban entre el mar Negro y el Mediterráneo. Estaba situada en la encrucijada entre Euro-

\* Por supuesto, es posible que toda esta historia sea sólo una ficción, una leyenda que se creó para explicar el nombre, y que nunca haya existido una persona llamada Bizas. Otra explicación del nombre es que significa «compacto», debido a que la ciudad estaba concentrada sobre la lengua de tierra en la que fue fundada.

# Constantinopla



Bizancio y el mundo antiguo.

pa y Asia, y constituía un objetivo tentador para quienes desearan tener el control del comercio o facilitar el paso de un ejército. Sin embargo, desde la guerra de Troya, ningún gran ejército había intentado cruzar de un continente a otro hasta el advenimiento del Imperio Persa.

Fundado en el 559 a. C., el Imperio Persa era el dueño de toda Asia al oeste de la India y al norte de Arabia. En el 546 a. C., Asia Menor cayó bajo el dominio persa, y en el 521 a. C., el más destacado de sus monarcas, Darío I, ascendió al trono. Todas las regiones accesibles de Asia estaban bajo su control, al igual que Egipto. Sus ojos hambrientos de tierra se volvieron hacia Europa.

En el 513 a. C., Darío invadió Tracia (la región al norte del mar Egeo) y la conquistó, llegando hasta el río Danubio. Al hacerlo, cruzó el Bósforo y se apoderó de Bizancio.

La aventura europea de Darío planteó una terrible amenaza para las ciudades griegas situadas al sur de Tracia. Poco tiempo después comenzaron las hostilidades entre las ciudades griegas. La guerra se prolongó, con intervalos, durante dos siglos\*.

En esta larga guerra, Bizancio fue considerado siempre un trofeo sumamente importante. Si las ciudades griegas la controlaban, se aseguraban un ininterrumpido suministro de alimentos y ponían un obstáculo en el camino de Persia.

El punto crítico de las Guerras Médicas –que es como fueron denominados los intermitentes enfrentamientos entre Grecia y el Imperio Persa– llegó en el 480 a. C.,

\* Pueden encontrarse más detalles sobre este épico duelo en mi libro *Los griegos* (Alianza Editorial, Madrid, 2011).

cuando Jerjes I, el hijo de Darío, envió un gran ejército a través de los estrechos. Tenía enfrente a la flota griega, compuesta en gran medida por navíos de la ciudad de Atenas, y al ejército griego, cuyo contingente más importante estaba formado por guerreros de la ciudad de Esparta.

Ambas ciudades vencieron. La flota persa fue aplastada en la batalla de Salamina, cerca de Atenas, el mismo año de la invasión, y el ejército persa fue derrotado en la batalla de Platea, unos 40 kilómetros al noroeste de Atenas, al año siguiente, el 479 a. C.

Después contraatacaron las ciudades griegas. Los navíos atenienses liberaron a las ciudades griegas de las orillas orientales del mar Egeo. El rey espartano Pausanias dirigió su victorioso ejército hacia el norte. En el 477 a. C., expulsó a la guarnición persa de Bizancio y ocupó la ciudad. Los griegos controlaban de nuevo la encrucijada entre Oriente y Occidente.

La carrera de Pausanias tuvo un brusco parón cuando los persas adoptaron nuevas tácticas, conscientes de que les era imposible ganar utilizando la fuerza, pues el armamento y las técnicas militares griegas eran superiores a las suyas. En cambio, sí podían utilizar el oro. Eran ricos y generosos, mientras que los griegos eran pobres y corruptibles.

Pausanias aceptó sobornos persas y empezó a vivir una vida de lujo ostentoso. Luego, además, las ciudades griegas empezaron a pelearse entre sí. Mientras Persia era una terrible amenaza, Atenas y Esparta estuvieron cooperando, pero una vez que consiguieron la victoria, cada cual empezó a maniobrar para obtener la supremacía.

Atenas se valió de los rumores sobre los sobornos persas para asestar un golpe a Esparta utilizando para ello la figura de Pausanias. Envió una flota al norte en el 476 a. C. al mando de su almirante Cimón, y expulsó a Pausanias de Bizancio. Como era imposible negar la fechoría de su rey, los avergonzados espartanos le hicieron volver para juzgarle por traición, y la ciudad quedó en manos de Atenas.

Atenas tenía una gran necesidad de Bizancio; situada en una región de Grecia particularmente árida, su excedente de población dependía de las importaciones para su alimentación. Era imprescindible que la ciudad mantuviera una flota fuerte y eficaz y que defendiera el control de Bizancio y de los estrechos, los cuales se habían convertido en la línea vital de Atenas; durante más de un siglo, cada movimiento que hizo esta ciudad tuvo algo que ver con la seguridad de la ruta al mar Negro.

Durante cierto tiempo, Atenas dominó Grecia, y Esparta fue su rival más importante. Al final, por supuesto, se produjo el enfrentamiento. Esta guerra entre las dos ciudades (llamada Guerra del Peloponeso) empezó en el 431 a. C. y continuó, con intermitencias, durante una generación. A lo largo de todo ese período, Bizancio estuvo firmemente controlada por los atenienses, y sus ocasionales revueltas no tuvieron éxito mientras la flota de Atenas dominase el mar.

No obstante, en el 405 a. C., Atenas no era más que piel, huesos y una última flota que protegía desesperadamente la línea vital ateniense y patrullaba los estrechos. Los espartanos, que tenían un acceso ilimitado al oro persa, por una vez en su historia tenían un jefe naval ca-

paz. Este jefe, Lisandro, se apoderó por sorpresa de los barcos atenienses, que se encontraban en el Helesponto, varados en la desembocadura del pequeño río Aegospotamos, en la orilla europea del estrecho, a unos 200 kilómetros al suroeste de Bizancio y bajo la protección de una pequeña guarnición.

Los espartanos atacaron repentinamente; los atenienses no pudieron lanzar sus barcos al agua a tiempo. De las 180 naves atenienses, sólo 20 pudieron huir intactas. Perdida la última flota y con su línea vital rota, Atenas no podía hacer otra cosa más que rendirse. Durante un breve período, Esparta gobernó Grecia, y se instaló una guarnición espartana en Bizancio.

Pero Esparta no era un gobernante digno de confianza. Buenos en la guerra si ésta se realizaba de una manera más bien mecánica, los espartanos no sabían cómo organizarse en la paz. Dondequiera que ejercieran el gobierno, eran presas de la corrupción y de una arrogancia que despertaba la hostilidad de los que les estaban sometidos.

Paulatinamente, Atenas se fue recuperando de su derrota. Aunque nunca volvió a ser la gran fuerza dominante que había sido antes de los desastres de la Guerra del Peloponeso, consiguió una vez más construir una poderosa flota con la que poder recuperar su línea vital. En el 389 a. C., un general ateniense, Trasíbulo, condujo 40 navíos hacia el norte, derrotó a los espartanos y los expulsó de la región de los estrechos. Una vez más, Bizancio estuvo bajo dominio ateniense.

Pero también esta situación fue temporal. Parece una maldición el que los griegos no supieran unirse. No les

era posible mantener una organización como ciudades independientes, libres e iguales, frente a unos reinos vecinos de grandes dimensiones y a poblaciones cada vez más aptas para el arte de la guerra. Y todavía menos si malgastaban sus energías en constantes y mezquinas contiendas entre ellos.

Y eso fue lo que hicieron. Les faltaba la abnegación y el espíritu de sacrificio necesarios para renunciar a un poco de soberanía local en favor del bien común. Además, tampoco había una ciudad lo bastante poderosa como para imponer su voluntad a las otras mediante la fuerza. En realidad, a medida que pasaba el tiempo, las fuerzas tendentes a la fragmentación crecieron, y las uniones parciales que se habían creado entraron en quiebra. En el 456 a. C., Bizancio fue una de las ciudades que rompió con la laxa liga que se había formado bajo la dirección ateniense. Atenas reconoció la independencia de Bizancio al año siguiente y, por primera vez en más de un siglo y medio, la ciudad de los estrechos fue verdaderamente libre.

### El advenimiento de Macedonia

No duró mucho tiempo. Al mismo tiempo que Bizancio conseguía su independencia, el Reino de Macedonia (al norte de Grecia) empezaba a sentir los estimulantes efectos del genio de su nuevo rey, Filipo II.

Filipo reorganizó el reino, creó y entrenó a un espléndido ejército, cuya base era un apretado núcleo de infantería armado con largas lanzas llamado «falange» y un

eficaz cuerpo de caballería entrenado para apoyar a esa falange. Además, en el país se descubrieron minas de oro que proporcionaron dinero con el cual sobornar a los políticos de las ciudades griegas.

Mediante las astutas intrigas de Filipo, su hábil empleo del oro y su bien organizado ejército, Macedonia se convirtió en la potencia dominante en el norte. Sin embargo, tenía enfrente al tenaz ejército de la ciudad griega de Tebas –que había sorprendido al mundo griego con su resonante victoria sobre los espartanos en el 371 a. C., y desde entonces dominaba Grecia–, y estaban también los atenienses, que nunca recuperaron realmente su moral después de su terrible derrota, pero todavía conservaban el prestigio de su pasada grandeza.

Filipo puso en marcha un hábil juego, cuidando de que ningún movimiento provocara una enérgica reacción. Avanzaba un poco, aplacaba a Atenas y a Tebas, y luego avanzaba de nuevo. Los perplejos atenienses se percataron de que, de una manera u otra, Filipo dominaba una porción cada vez mayor del norte sin que ellos tuviesen oportunidad de emprender ninguna acción. Tan sólo el orador ateniense Demóstenes advirtió del peligro, pero no consiguió conmover a sus paisanos.

En el 342 a. C., Filipo se sintió lo bastante fuerte como para desplazarse hacia el este. En esa dirección se encontraba Tracia, una tierra de tribus incivilizadas que tal vez diesen maravillosos soldados bajo el firme gobierno de Filipo, y más allá de Tracia, a unos 550 kilómetros al este de la capital macedonia, Pela, estaban Bizancio y los estrechos. Si Filipo conseguía apoderarse de Bizancio (poco importaba si lo hacía a través de la intriga o me-

diante la guerra), podía cortar la línea vital de Atenas y quizá toda Grecia cayera en sus manos sin problemas. Y había otra cosa: si dominaba Bizancio, podía hacer lo que había hecho el viejo Darío I medio siglo antes: abrir el camino entre los continentes e invadir Asia, como Darío había invadido Europa. Como se ve, Filipo tenía una gran ambición: quería invadir Persia y apoderarse de todo lo que pudiera de aquel extenso imperio en decadencia.

La campaña oriental de Filipo empezó con gran éxito. Conquistó Tracia, tomó las ciudades griegas del norte de la costa del Egeo, y en el 340 a. C. su ejército llegó a los alrededores de Bizancio.

Los bizantinos hicieron un llamamiento a sus antiguos señores de Atenas, con quienes habían roto hacía sólo quince años. Atenas respondió enseguida; aunque muy bien podía pensar que los bizantinos merecían pagar por el entusiasmo con que habían repudiado la confederación ateniense, sus ciudadanos no podían permitirse el lujo de dejarse llevar por este sentimiento. Bizancio dominaba las rutas de los cereales, y por esa razón, Atenas tuvo que luchar. Envió su flota hacia el norte y la utilizó para aprovisionar a la ciudad. Filipo no tenía ningún poder naval, y sin él, le era imposible tomar Bizancio. Falló en su intento de un ataque nocturno por sorpresa al descubrirle la luna. Tuvo que retirarse. Se quedó con Tracia, pero perdió la oportunidad de conquistar los estrechos.

El éxito de su resistencia frente a Filipo provocó un enorme alborozo entre los triunfantes bizantinos. Lo atribuyeron a su diosa patrona, Hécate, la luna, cuya luz tanto les había ayudado. Acuñaron monedas conmemo-

rativas que llevaban el símbolo de la noche como devotos de una diosa lunar, la luna creciente, y una estrella. La luna creciente y la estrella han seguido siendo el símbolo de la ciudad hasta los tiempos modernos.

Sin embargo, la derrota de Filipo no fue en absoluto decisiva. Su fracasado intento de apoderarse de los estrechos significaba que había perdido la oportunidad de conquistar Grecia sin lucha. Así que tendría que luchar, y si hacía las cosas bien, sólo necesitaría librar una batalla. Aquella batalla llegó en el 338 a. C., en Queronea. Allí, las falanges macedónicas, que luchaban a las puertas de Tebas, destruyeron al cuerpo de élite del ejército tebano y provocaron la frenética huida de los atenienses.

Filipo fundó a continuación una liga de ciudades griegas encabezada por él y preparó la invasión de Persia. Fue asesinado justo cuando iba a comenzar la invasión, pero su aún más extraordinario hijo, Alejandro III, llamado Alejandro Magno, siguió adelante. Alejandro invadió Persia, la conquistó por completo e hizo que la cultura griega dominara Asia occidental, un dominio que perduró durante más de mil años.

Después de la muerte de Alejandro, en el 322 a. C., su imperio fue despedazado por la rivalidad entre sus generales, y Bizancio cayó bajo el dominio de uno o de otro. Pero no todo era tan malo como parecía. Las luchas de estos generales resultaron ruinosas e inútiles, pero bajo el dominio macedonio (fuera cual fuera el nombre del general o, más tarde, del rey hegemónico), las ciudades griegas conservaron un cierto grado de autogobierno. En general, prosperaron más que cuando eran indepen-

dientes. Bizancio, en particular, había conservado su condición de ciudad libre, y disfrutó de un singular bienestar durante un período que fue calamitoso para una gran parte del resto del mundo griego.

En el 280 a. C., unas tribus celtas –los galos– entraron en tropel en Grecia desde el norte. Asolaron Macedonia, mataron a un general que acababa de ser nombrado rey y durante un par de años impusieron la destrucción y anarquía en el país. Pasaron luego a Asia Menor en el 278 a. C., donde costó casi cincuenta años alcanzar su total integración.

Durante este terrible período, Bizancio evitó ser destruida mediante el caro expediente de dar dinero a los galos. Varias veces lo entregó todo para que consintieran en volverse atrás. Se recuperaba de sus pérdidas cobrando unas altísimas tasas a los comerciantes que utilizaban los estrechos, justificadas por el peligro de los galos.

Se pueden entender los terribles apuros de los bizantinos, pero los comerciantes, cuya actividad resultó perjudicada, y los consumidores, que sufrieron el alza del precio del pan, difícilmente podían considerar esta situación con buenos ojos.

Fue Rodas la ciudad griega que sufrió de modo especial la acción de Bizancio. Esa ciudad estaba situada en una isla en el sureste del mar Egeo, a unos 550 kilómetros al sur de Bizancio. Debido a su situación insular y a su fuerte flota, había rechazado a los generales macedonios en los años que siguieron a la muerte de Alejandro Magno, y había continuado siendo una ciudad griega verdaderamente libre. Rodas vivía del comercio, y en interés de la libertad de los mares había luchado contra la piratería y contra cualquier potencia terrestre que grava-